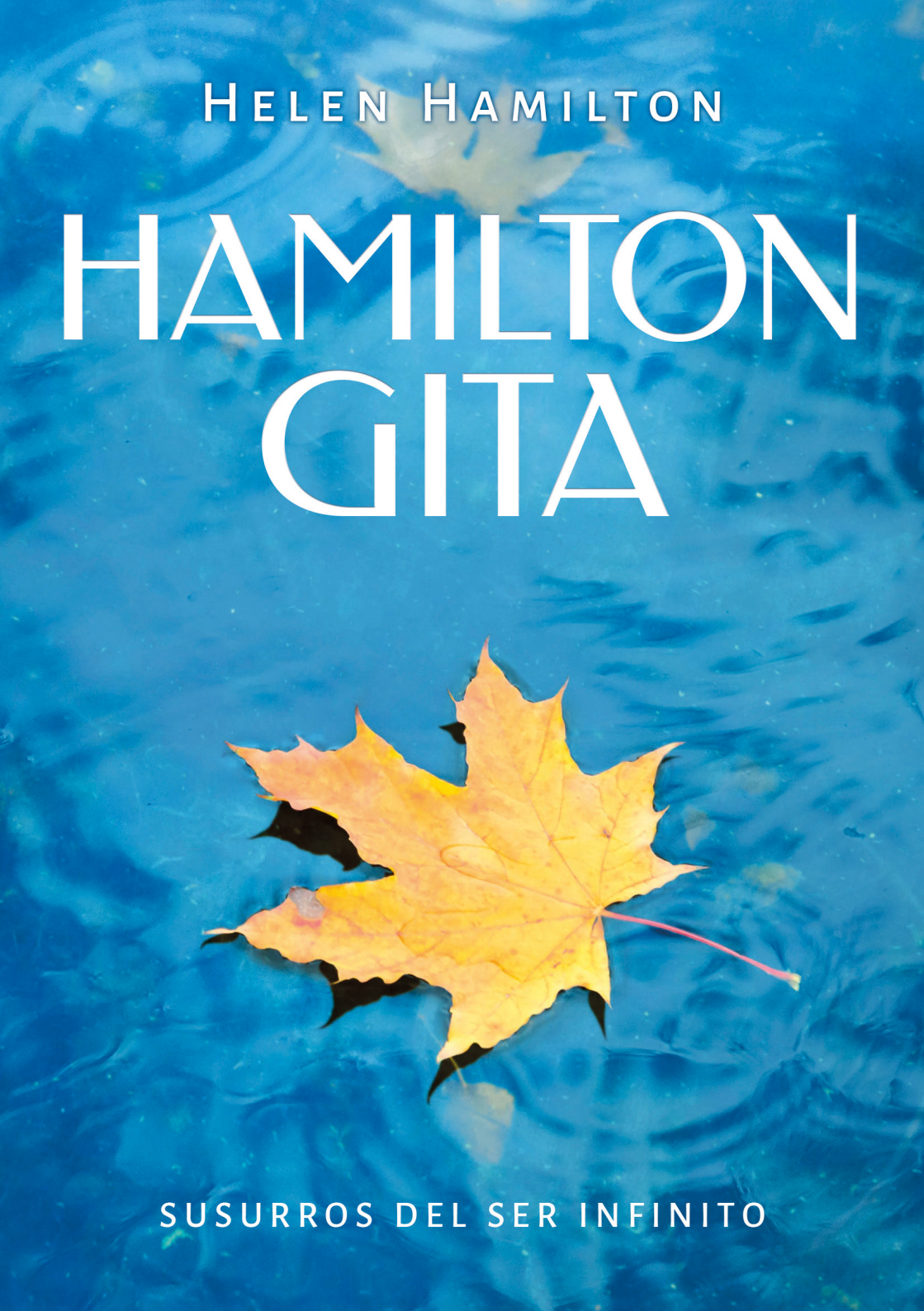
HELEN HAMILTON

HAMILTON GITA



SUSURROS DEL SER INFINITO

HAMILTON GITA

SUSURROS DEL SER INFINITO

HELEN HAMILTON

TRADUCIDO POR

Pilar Vivancos y Juan Ramón Gordillo

EDICIONES ARCANAS

MI BELLA DESTRUCCIÓN

Me he permitido ser deconstruido. He sido desnudado hasta mi esencia. He ido desanudando uno por uno todos los conceptos que llevaba como ropajes.

Al principio me costó revelarme a mí mismo. Dejar ir los conceptos parecía un riesgo; pero, a medida que cada uno se disolvía, me sentía más libre, más ligero y más seguro. Me notaba animado e inspirado para seguir deconstruyéndome.

Solté cada gloriosa capa de identidad, a regañadientes al principio, luego con entusiasmo, e incluso algunas se disolvieron en mi paz. Una y otra vez contemplé esta red entrelazada de mentiras que había tejido a mi alrededor, ahora la veo evidente y falsa.

La emoción se transformó en dicha y gozo puro al sentir, una vez más, mi ser desnudo. Liberado de la carga de la autodefinición, me dejé llevar. Pronto comencé a buscar más cosas que descartar, tan absolutamente enamorado con este desnudar de la realidad misma.

Dondequiera que mirara, me veía protegido y a salvo de mis miedos imaginarios y de las sombras, que se desvanecían en la luz. La dicha se convirtió en éxtasis mientras andaba tambaleante por mi vida, suplicando poder desnudarme aún más. La más absoluta pasión y el amor por mi verdadera naturaleza inspiraron una especie de liquidación final de mi identidad.

Me sumergí cada vez más profundamente en mi interior, revelando capas cada vez más sutiles de ideas, proyecciones y concepciones de mí mismo. Había perdido todo recuerdo de quien alguna vez creí ser y toda capacidad de querer recuperarlo. Había perdido por completo incluso la sensación de pérdida y fracaso.

Lo que comenzó como un sacrificio se convirtió en una hermosa revelación del estado prístino que soy. Perdido en la exaltación como un desconocido embriagado, busqué más cosas que desechar. Hacía mucho tiempo que había perdido la capacidad de valorar cualquier cosa que no fuera mi propio impulso egoísta hacia el interior y hacia lo más profundo del núcleo de mi propia realidad.

Finalmente, en un momento de éxtasis y revelación deslumbrante, renuncié a la capacidad de renunciar. Perdí mi capacidad de cambiar, convertirme, compararme y definirme a mí mismo. Dejé de desnudarme y me paré frente al espejo de la vida. Me reconocí a mí mismo, sin importar cuántos conceptos llevara puestos.

Vi quién era yo antes de que surgieran el tiempo y el cambio. Descubrí que yo también era tiempo y cambio.

Permanecí absolutamente inmóvil por primera vez y, sin embargo, siempre había estado aquí mismo.

UN INSTANTE Y UNA ETERNIDAD

Me siento aquí, solo, sin ser consciente de cuánto tiempo llevo sentado. Perdido por completo en mí mismo, ya no soy capaz de distinguir un instante de una eternidad. ¿Cuántas versiones de mí han ido y venido mientras yo no miraba?

Estoy completamente ausente, perdido y más allá de toda salvación; sin embargo, soy vagamente consciente de un tiempo en que la salvación parecía importante. Ahora es solo un eco que se apaga, una visión fugaz y difusa de mis innumerables rostros cambiantes.

Aparezco como un átomo o como un universo y nada de eso me conmueve. Bailo sin cesar en este juego de luz, vida, creación y destrucción. Tan enamorado estoy de este desfile interminable de formas que me pierdo en él. Cada una es más bella que la anterior, hasta que «más» y «anterior» se convierten también en solo otras formas con las que jugar.

Para algunos soy un idiota, un ingenuo, alguien completamente alejado del mundo de lo normal y lo esperado; pero yo no lo veo así. Si me he ido, me

alegro de ello y me propongo destruir todo camino de regreso a lo conocido.

Me atreví a coquetear con lo desconocido y me sumergí peligrosamente en ese océano. Vi que lo conocido era tan insustancial como yo mismo. Me reí con delirio ante la idea de que pudiera saber algo o, incluso, no saber nada.

¡Qué hermosa ilusión! Girando sin fin frente a mí, veo todos los medios con los que traté de engañarme y, luego, de iluminarme. Solo existo para divertirme, eternamente, en un despliegue total de felicidad.

Nadando en la dicha, deseo jugar una y otra vez.

Una y otra vez finjo perderme y, luego, volver a encontrarme.

El microcosmos reflejando el macrocosmos; el microcosmos surgiendo dentro del macrocosmos.

¿Es solo uno el que juega? ¿O hay infinitos juegos desarrollándose? ¡Estoy tan lejos ya de toda capacidad de recordar la respuesta!

Sigue leyendo...

